

José Martí: modernización y cultura en América Latina

I.

Cada vez se escuchan con mayor frecuencia reclamos y un cierto malestar respecto al modelo de sociedad en que vivimos. Abundan las quejas sobre exceso de consumismo, sobre la carencia de valores espirituales, sobre el descuido de lo propio y el afán por lo foráneo. Todo indica que a fines del siglo XX estamos ante una nueva versión de una de las tensiones más persistentes de América Latina: el conflicto entre modernización y cultura.

Se trata, en efecto, de una tensión que se percibe ya en lo que podría llamarse la evidencia constitutiva de la región: su relación con Europa y su pertenencia al mundo de Occidente desde su integración en la historia mundial. Desde la propia conquista, la tensión entre el proyecto europeo y las culturas autóctonas se manifiesta en los más diversos órdenes.

Con la construcción de las nuevas naciones, el conflicto se traslada al tema de la diferencia: «No somos españoles, no somos indios, constituimos una especie de pequeño género humano» escribía Simón Bolívar en la *Carta de Jamaica*, argumentando que las características geográficas de este «pequeño género humano» desaconsejaban la adopción del único sistema político que por entonces se consideraba moderno: la república constitucional.

La tensión entre modernización y cultura late también a fines del siglo XIX en los escritos de José Martí; en el diagnóstico de una pugna entre letrados artificiales y hombres naturales y en su propuesta de que en «nuestras repúblicas se injerte el mundo» —vale decir, la modernización— a condición de que se salvaguarde «el tronco» —vale decir, la cultura.

En Chile, alrededor de 1900, las reformas propuestas por Nicolás Palacios, Francisco Antonio Encina y Tancredo Pinochet, obedecen sin duda al propósito de conjugar la modernización finisecular con la tradición, la raza y la cultura. Se trata así de aminorar el desfase que entre ambos espacios había promovido el liberalismo afrancesado del siglo XIX.

Aunque la tensión entre modernización y cultura ha estado siempre presente en América Latina, sus rasgos y características han sido en cada momento y circunstancia diferentes. Hoy reaparece en el contexto de la globalización y del neoliberalismo.

Es en torno a este conflicto, recurrente y actual, que nos interesa indagar la vigencia del pensamiento de José Martí a cien años de su muerte.

II.

Donde mejor se expone su postura frente al tema es en «Nuestra América», artículo publicado en Nueva York y México en 1891. Aun cuando no utiliza los términos «modernización» o «cultura», la tensión entre estos polos recorre todo el texto y es en cierta medida el eje temático del artículo. Aparece en la forma de referencias a partes discordantes, que no cuajan entre sí.

Por una parte «un decreto de Hamilton» y por otra «el potro del llanero», ante el cual el decreto de Hamilton resulta impotente; por un lado «una frase de Siéyès» y por otro «la sangre cuajada de la raza india»; por una parte «la vaina de seda» y por otra «el machete» y así la polaridad suma y sigue: «el criollo exótico» frente al «mestizo autóctono»; los métodos con que «se gobierna» en Alemania y Francia frente a «los métodos e instituciones nacidos del propio país»; «los letrados artificiales» frente a «los hombres naturales»; «la Grecia que no es nuestra» frente a «nuestra Grecia»; el vanidoso que se disfraza de «togas y charreteras» frente al campesino con «vincha y alpargatas»; «la jaca de Persia» frente «al carro de mulas»; en fin, todo tipo de «ideas y formas importadas» que no se acomodan y que son discordantes con nuestra «realidad local»¹.

Martí no sólo detecta, ironiza y vivifica estos desacomodos sino que también plantea que esta carencia de relación orgánica entre lo propio y lo ajeno ha sido el motor fundamental de nuestra historia. Su pensamiento se inscribe, desde esta perspectiva, en una concepción dual de América Latina, una concepción que percibe por un lado la existencia de un núcleo cultural endógeno, de un componente autóctono, de sustrato precolombino, indígena o rural y por otro un componente ilustrado, extranjerizante e iluminista. Martí, a diferencia de quienes se instalan de modo fundamentalista en esta

¹ Nuestra América, edición crítica en Cintio Vitier, Casa de las Américas, La Habana, 1991.

concepción, no desconoce la interpenetración constante y a veces fructífera entre ambos componentes, pero sí le pone una condición, «injértese» dice «en nuestras Repúblicas el mundo» siempre que se salvaguarde «su tronco».

En el uso de esta metáfora arbórea, tan cara al pensamiento del siglo XIX, Martí evidencia una postura nítidamente evolucionista y organicista. No es partidario de una modernización abrupta, impuesta o unilateral; sí lo es, en cambio, de un proceso lento e integrado, que sea llevado a cabo con espíritu creativo y crítico, y atendiendo siempre a los factores que proporciona la realidad de cada país. Martí plantea la necesidad de armonizar las ideas y formas importadas con la realidad local, y le otorga prioridad en la dirección que toma el proceso de apropiación a esta última; a fin de cuentas es el tronco, vale decir la realidad local, el que sostiene al árbol.

La intuición básica de esta tradición de pensamiento es que la estructura política de un país debe estar en consonancia con las posibilidades socioeconómicas y la realidad geográfica del mismo. Hablamos de tradición porque Martí sigue en este aspecto a Bolívar, quien en su *Carta de Jamaica* de 1815 hacía el mismo planteamiento frente al tema de la modernización política. Tradición de pensamiento organicista y evolucionista, que fue compartida entre otros por Andrés Bello, Diego Portales y por no pocos caudillos del siglo XIX. Martí incluso señala que la presencia de los caudillos en la región se explica porque ellos supieron prestar atención a lo local, en circunstancias que los partidarios de la República—sobre todo los liberales ilustrados— fueron ideologistas y demostraron cierta incapacidad para identificar «los elementos verdaderos del país».

La novedad del texto de Martí no consiste por lo tanto en haberse sumado a esta tradición de pensamiento. Su novedad y vigencia reside en que se suma a ella desde una perspectiva que no había sido planteada con claridad antes de él. Detengámonos brevemente en este aspecto.

III.

Cuando Simón Bolívar planteaba la necesidad de armonizar las ideas importadas con los elementos del país, pensaba fundamentalmente en características demográficas, geográficas, físicas y climáticas de Hispanoamérica. Martí en cambio entiende por «elementos verdaderos del país» a la diversidad cultural y social de la región. Sobre todo al indio y su mundo (recordemos que Martí vivió en México y Guatemala), pero también al

negro, al mulato, al campesino y al «oprimido» en general. Martí no está pensando, por supuesto, en razas ni menos lo hace desde un paradigma biológico, al modo de los pensadores que él llamaba «canijos». No. Está pensando en diversidad y heterogeneidad social y cultural, no en una identidad sino en varias, esos son «los elementos verdaderos» y fundantes de «nuestra América», el tronco que habrá que salvaguardar para que sean fructíferos los «injertos» del «mundo».

Ahora bien, ¿qué quiere decir «salvaguardar»? De partida señalemos que «salvaguardar» es más que «guardar», más que simplemente «proteger» o «cuidar». Martí, como decíamos, reconoce y pone en primer plano la existencia de diversos sectores sociales y culturales, pero además plantea que esos *sectores* deben pasar de su condición de tales a ser *actores* socioculturales. Un sector sociocultural es muy distinto a un actor sociocultural. En nuestra realidad, por ejemplo, los mapuches constituyen un sector pero no un actor sociocultural. El tránsito de una condición a otra implica todo un programa político e histórico que continúa vigente en la región. Vigente tanto a nivel del imaginario colectivo y de la autoconsciencia de cada país como a nivel de la realidad. «Si la República — sentencia Martí— no abre los brazos a todos, y adelanta con todos, muere la República». Es una propuesta para productivizar la heterogeneidad, en beneficio de la democracia.

Aun cuando Martí no era un pensador racionalista tradicional, sino que pensaba más bien intuitiva y poéticamente, con imágenes, metáforas y alusiones, baste mencionar un solo ejemplo para demostrar que efectivamente el artículo que publicó en 1891 conlleva la significación que le estamos atribuyendo. Varias veces Martí utiliza para referirse al indio y a su situación la metáfora de la sangre estancada, coagulada. Se trata casi de una imagen oxymorónica: la sangre que es el fundamento de la vida, está muerta; latente, pero no activa. Estar pero no ser. Esa es —según Martí— la situación del indio. «Abrir los brazos de la República a todos» significa en sus propias palabras «deshelar la América coagulada. ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas la sangre natural del país».

Vale decir que lo que está muerto y latente viva, que los sectores sociales y culturales se conviertan en actores, con voz propia, y con presencia en todos los ámbitos de la sociedad. Se trata de una propuesta que busca aumentar la creatividad humana, que busca hacer más viva, más plena y más protagónica a la sociedad, una propuesta caracterizada por el respeto a la pluralidad de culturas y que promueve la participación plena de cada grupo social en los distintos aspectos de la vida de un país. En suma, un planteamiento que incluye la democracia política pero que va más allá de ella, puesto que implica también la democracia cultural, social e incluso comunicativa.